

EL PARAISO PROMETIDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
66000 MONTERREY, MEXICO



EL PARAÍSO PROMETIDO

(Páginas del Evangelio socialista.)

I

Juntos, muy juntos, aferrados los cuerpos en abrazo estrechísimo, más que nunca, carne los dos de una misma carne, vida los dos de una misma vida, pero vueltos los rostros avergonzados para no hablarse ni con la mirada, permanecieron Adán y Eva á la puerta del Paraíso, fijos ante ella, consternados, absortos, hundidos en el abismo de su conciencia, sosegada hasta entonces, risueña y plácida como la Naturaleza toda en el Edén perdido; tempestuosa y espantable ahora

como los mares embravecidos y los eriales desoladores que fuera del Paraíso les rodeaban por todas partes y se extendían hasta lo infinito sin una senda llana, sin una sombra refrigeradora, sin un abrigo seguro de las fieras y de los elementos. La flamígera espada del ángel trazaba inmensa línea de fuego cerrándoles el paso, y tras de ella, hermoso, florido, encantado, el Paraíso para siempre perdido, para siempre, por decreto inexorable de Dios.

Y el hombre y la mujer fijos allí, con el estupor de la tremenda ruina, sin una queja, sin un lamento; sin advertir siquiera los peligros innumerables, amenazadores, de su vida, desde el fatal instante en que habían sido arrojados del Paraíso.

¡Solos por vez primera y contra ellos la justicia divina y la Naturaleza despiadada, ejecutora suya inexorable!

¿Qué resistencia, qué ánimo fuerte en condición tan miserable?

Así, ni un solo pensamiento de su futura existencia posible les alentó para nueva vida; solo en morir pensaban. Pero en morir allí, ante las puertas del Paraíso, sin perderle de vista ni un solo instante; morir gozándole todavía con miradas ansiosas... Detrás, á su espalda, bien lo oían, el vendaval desencadenaba oleaje de mares, aullidos de fieras.

¿Para qué volverse á mirar, si cada paso había de llevarlos á un rudo dolor y á la muerte por término? Tanto mejor esperarla allí, mitigado el horror de morir por la vista consoladora.

Por vez primera, desfallecidos de necesidad, rendidos de cansancio, dejáronse caer por tierra, abrazados, y todavía se incorporaban anhelosos por contemplar aún su Paraíso.

Por vez primera, el ángel de los consuelos descendió á su lado; suavísimo resplandor esclareció tierra y cielo á su presencia.

—Levantad—les dijo.—¿Porqué permanecéis aquí? Habéis perdido el Paraíso para

siempre. Dentro de poco ni contemplarlo os será permitido. Ved, una muralla de fuego os impide el paso; la tierra, con sacudida espantosa, levantará montañas de granito que os le ocultarán para siempre. Lejos, lejos de aquí. No os atormentéis con el recuerdo de lo que fué, la vida os espera. Volved los ojos á vuestra espalda, allí tenéis un nuevo Paraíso que lograr, tan hermoso como el primero.

Confortados por las palabras del ángel, dulcemente imperativas, levantáronse del suelo Adán y Eva y, ansiosos, volvieron la vista á sus espaldas. ¿Un nuevo Paraíso? ¿Dónde?... Y sus ojos buscaban en vano por la tierra árida.

—Sí, allí—proseguía el ángel—allí, en esos eriales, en esas rocas duras, en esos abrojos; y en ti, dijo al hombre, llevas el poder que ha de hacerle surgir. No pienses más en el Paraíso perdido, piensa en el que has de lograr en esa tierra fecundada por tu traba-

jo. Desapareció el ángel, y Adán, recobrados valor y aliento, sin volver los ojos al Paraíso perdido:—Sígueme—dijo á Eva—y echó adelante, apartando malezas á su paso, quebrando ásperas ramas, ensangrentando sus pies y sus manos y con rastro de sangre trazando el camino de la humanidad hacia el nuevo Paraíso prometido.

II

Pasaron generaciones, y por el trabajo de todas un pedazo de tierra mostrábase como nuevo Paraíso. Pero formidable muralla le separaba del resto, árido y desolado todavía. Dentro de su recinto sus poderosos y ufanos conquistadores gozaban de tanto esplendor, con todas las apariencias de la felicidad.—Fuera, los miserables desheredados clamaban por franquear la entrada, invocando el nombre de hermanos, hijos todos de aquel mismo padre á quien el ángel ofre-

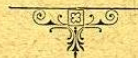
ciera el nuevo Paraíso, logrado á fuerza del trabajo de cien generaciones.

Y los de dentro no les escuchaban, ó les respondían desabridos, negándoles el nombre de hermanos.

—No, nada hay de común entre nosotros—les decían—; somos los fuertes, fuimos más hábiles. Nosotros fuimos los trabajadores; vosotros, incapaces para otra cosa, fuisteis instrumentos de nuestro trabajo; estáis sometidos á nosotros como las bestias de labor, como las máquinas auxiliaoras de nuestro esfuerzo. El Paraíso terrenal no es para vosotros, no lo será nunca si hay justicia en la tierra.

Y los de fuera gemían y blasfemaban con dolor y con ira, porque si la tierra tenía su Paraíso, ellos le habían regado con su sangre, la misma sangre con que Adán regó el primer surco trazado en ella... Y entonces bajó Dios mismo hecho hombre, y habló así á los que gemían y blasfemaban al pie del muro:

—Por ventura ¿pensáis que los de dentro están en el Paraíso? En verdad os digo que no es ese el Paraíso que yo prometí. Vedlos que van juntos á sus festines y placeres: pero no como hermanos, para festejarse con verdadero amor, sino como lobos hambrientos en manadas para defenderse unos á otros mientras hacen presa, y después ellos mismos se la disputan y se destrozan entre ellos. En verdad os digo que de la tierra no surgirá el Paraíso prometido hasta que esas murallas no se desmoronen y los de fuera y los de dentro no os abracéis como hermanos, y el amor universal reine sobre la tierra. No intentéis asaltar con violencia su Paraíso ilusorio. No vayáis á ellos; ellos vendrán á vosotros; desengañados de poseerle, ni de llegar á él mientras no vayan con vosotros, unidos todos como hermanos.



EL CABALLERO DE LA MUERTE



EL CABALLERO DE LA MUERTE

La ciudad toda, coronada de sol, y de flores y flámulas prendida, se alborozaba con alma de niño, alma de multitud regocijada, porque el cielo resplandece y las calles están de fiesta; las músicas marciales ritman el paso de la gente atropada y todos parecen soldados de un ejército triunfador.

Devotos del amor y la hermosura, llegan los peregrinos caballeros, jóvenes y gloriosos. Son doce. Los doce pretenden el amor de la princesa hermosa; la fortuna, no el mérito, puede distinguir á uno solo entre ellos. Son doce jóvenes y gloriosos. La prin-

33156

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTERREY, MEXICO

cesa los ve pasar desde la terraza de palacio y exclama con terror:

—¡Son trece!

—Son doce, señora mía—replica con dulzura su nodriza.—Hoy no pueden enviarse unos á otros; mañana uno solo será envidiado de todos.

—¡Son trece, trece! Tú no ves, nadie ve al que llega detrás de todos, al caballero de las armas pavonadas, en un caballo negro, gualdrapado de negro, con negro airón por cimera del casco... ¡Son trece... trece!

Y la princesa mira con espanto adonde nadie mira, adonde, aunque todos miraran, nada verían. Al caballero de las armas pavonadas, al desposado fiel de la princesa, solo visible para ella desde el día en que un beso de muerte transfundió por todo su ser, desde la frente, serena con la quietud de un pensamiento fijo, á las plantas graves, de pasos mesurados, concedores de un camino predestinado, poder sobrenatural que anima

en ella, á pesar suyo. Todo impulso de amor en su alma, es golpe mortal para el objeto amado; si la princesa dice ¡hermosas flores!, las flores se agostan á su paso; si escucha con amor el canto de los pájaros, los pájaros caen á sus pies como heridos por cazador certero; un príncipe amado, radiante de vida juvenil, murió en el tiempo que ella exclamaba: «Sí», trémula entre sus brazos... Y desde aquel día la princesa redujo su corazón al cielo y solo escucha la voz que nadie oye, y solo mira al que no ve nadie.

—Morirá cuanto ames—juró el caballero—; pero tú, amada mía, nunca morirás...

Y la princesa entristece su alma con pensamientos de odio; quisiera vivir entre criminales, en parajes desolados, donde todo inspirara horror. Y para no amar nunca, solo escucha al que nadie oye, solo mira al que no ve nadie, á su fiel enamorado, al caballero de la muerte, solo visible para ella, su inmortal desposada.